

Entrevista al alfabetizador, maestro, investigador y promotor cultural Arístides Rondón Velázquez, para quien la historia es la mayor pasión y los jóvenes, el futuro.

Por Narciso Fernández Ramírez
Foto: Ramón Barreras Valdés

Llegar a la casa del profesor Arístides Rondón Velázquez es como visitar un santuario. Todo allí asombra. En las paredes de cada habitación cobran vida sucesos trascendentes de la historia patria en las últimas décadas, con el Che, el inolvidable guerrillero argentino-cubano, como principal protagonista.

Se trata de un lugar, quizás, único en Cuba. La Casa del Mate, en Santa Clara, es un resumen de la apasionante vida de este hombre de 76 años de edad, martiano, guevariano y fidelista. Desde el sacerdocio de la educación, ha logrado lo que pocos: establecer relaciones de amistad con personalidades como don Ernesto Guevara Lynch, padre del Che; Alberto Granado, el gran amigo del Comandante Guevara; Conchita Fernández, la Secretaria de la República; Nicolás Guillén, nuestro Poeta Nacional; el Indio Naborí, autor de la *Marcha Triunfal* del Ejército Rebelde y de la conocida *Elegía de los zapaticos blancos*; la escultora Rita Longa; y el expedicionario del Granma y primer gobernador de Las Villas, Calixto Morales, por solo mencionar algunos.

En esta selecta lista no se puede dejar de incluir a la expresidenta de Argentina, Cristina Fernández, con quien se muestra en una foto, al ser presentado, ante la entonces mandataria, como un cubano de Santa Clara y, recibir de ella el compromiso, aún por cumplir, de visitar la ciudad donde reposan los restos del luchador revolucionario.

Con este carismático maestro, con voz de locutor de radio, estuvimos conversando varias horas en su casa-museo, tomando de pretexto obligado, los 60 años de la Campaña de Alfabetización, en la cual participó, pero adentrándonos en las demás facetas de su vida, cuyo hilo conductor ha sido uno solo: enseñar a amar la historia de Cuba, que es enseñar a defender la Patria.

Pero su propia historia, la del hombre llamado Arístides, comenzó hace 76 años, el 20 de abril de 1945, en Holguín.

«Tuve una infancia infeliz, pues a partir de los 12 años comencé a vender periódicos y, solo gracias a la Revolución, dejé de hacerlo. No porque fuera un trabajo indigno, pero siempre es mejor leerlos que venderlos. También trabajé en una zapatería y en una tabaquería. Es desgarrador para un niño enfrentarse a esas responsabilidades y a un jefe. Jamás tuve juguetes. La Revolución me salvó y enseguida me sumé a ella», relevó.

En cierta forma, como retribución a ese regalo de una vida mejor, se convirtió en maestro.

«Mi principal aporte a la Revolución cubana fue haber alfabetizado. Debo confesarte que, para mí, ha sido la tarea más linda y enriquecedora en la que he participado.

«Alfabetiqué en la finca Palo Hueco, barrio Retiro, municipio Jesús Menéndez, antiguo Chaparra. Allí enseñé a leer y escribir a tres campesinos y les di clase a siete, quienes me



decían: “Brigada, yo lo que quiero es aprender de números”, pues a ellos les interesaba conocer de matemáticas para saber cuánto les tenían que pagar por el cerdo que vendieran, por un maíz, etcétera. Y yo, que nunca hice sexto grado, pues mentí para poder participar en la campaña, les enseñaba lo que podía.

«Para mis clases usaba la cartilla ¡Venceremos!, esa que conservo con amor y que hace unos años, un maestro argentino, de los cientos que han visitado esta casa, me la quiso comprar. Me preguntó que cuánto valía y le respondí: “El tesoro de Rockefeller”, porque cada una de sus páginas me recuerda a aquella época. Siento un cariño especial por mi cartilla, esa que me acompañó durante un año. Teníamos, además, el manual Alfabetecemos, que nos daba orientaciones, y la cartilla Cumpliremos.

«Viví días maravillosos, que solo se empañaron cuando asesinaron a Manuel Ascunce, a finales de 1961, el 26 de noviembre. No fue el único crimen de los enemigos de la Revolución. Tuvimos alrededor de 30 bajas en la batalla de la Revolución contra el analfabetismo.

«Aquello nos conmovió mucho. Con Manolito Ascunce se enseñaron de una manera brutal y le infringieron torturas terribles. He ido muchas veces al lugar donde fue asesinado, junto al campesino Pedro Lantigua, y siempre me estremezco».

—¿Alguna anécdota de la experiencia de enseñar a campesinos analfabetos?

«Había una señora que no aprendía a leer, y la responsable de nosotros me pidió que tratara de enseñarla. Tenía entonces más de 60 años.

«Le expliqué acerca de la importancia de saber leer, escribir, de poner su nombre; pero Lola, que era como le decían, se limitó a responderme: “He vivido hasta aquí sin saber leer”. A pesar de todos mis esfuerzos, no la pude convencer».

—¿Y del 22 de diciembre de 1961?

«Estuve allí, en la Plaza. Fidel nos habló y le gritábamos: «¡Fidel, dínos qué otra cosa tenemos que hacer!» y su respuesta fue: «Estudiar, estudiar y estudiar». Esbozó un plan de más de 60 mil becas y proclamó a Cuba Territorio Libre de Analfabetismo.

«La Campaña fue una verdadera proeza y aunque confieso que me hice maestro, no por vocación, puedo afirmar que en ella estuvo la semilla inicial, la génesis».

—Maestro primario, director de escuela, profesor universitario y un incansable promotor cultural, formador de valores patrióticos en los estudiantes. ¿Cómo lograste tanto y con tan distinguidas personalidades?

«Empecé a trabajar en la ciudad de Holguín, en marzo de 1965, con un grupo de 107 alumnos de primero a sexto grados y un salario de 86 pesos. Había muchachos más grandes que yo, pero siempre me trataron con mucho respeto. Tuve éxito.

«De ahí pasé a dirigir un seminario en el poblado de Velasco, hasta que, por problemas de salud de mi padre, vinimos todos para Las Villas. Acá, siendo director de la escuela primaria Frank País, en el central Washington, de Santo Domingo, comienzo mi vínculo con esas personalidades a las que, a lo largo de mi vida, he tenido el placer de conocer y presentarles a mis alumnos, que es lo más importante para mí.

«A esa humilde escuela llevé a personas de la altura de Conchita Fernández, la bien llamada “Secretaria de la República”—pues eso había sido, secretaria de Fernando Ortiz, Eduardo Chibás y del propio Fidel Castro—; a Alberto Granado, el amigo íntimo del Che, con quien tuve una relación casi de hermandad; al Indio Naborí; a Rita Longa, y todas esas personalidades ejercieron una influencia importante en los estudiantes.

«Fue un trabajo formidable, no siempre bien entendido por las autoridades del momento, pero que marcó, de por vida, a mis alumnos. Tanto es así, que todavía me llegan, a menudo, mensajes de algunos de ellos, quienes recuerdan el impacto causado: “Gracias a usted conocí al Indio Naborí y de su voz escuché el poema dedicado a Nemesia, Ele-

gía de los zapaticos blancos”, me escriben.

«Los llevé a La Habana, a conocer a don Ernesto, el padre del Che, quien nos atendió de manera excelente y les habló de su hijo y les confesó que la mayor influencia en la formación de aquel carácter sui generis del Guerrillero Heroico, la había ejercido doña Celia de la Serna, su madre.

«Dirigí otras escuelas primarias como Paco Cuesta, acá en el barrio Condado, en Santa Clara. Me licencié en Educación Primaria y luego, en calidad de prestación de servicios, pasé a trabajar en el Instituto Superior Pedagógico Félix Varela.

«Allí continué la labor de extensión universitaria. El rector Ramiro Ramírez me nombró Historiador, de manera honorífica, y me dieron el local de la Sala de Historia. Para entonces, era amigo de Pedro Máximo Vargas Gómez, nieto del Generalísimo Máximo Gómez, y logré traer al Pedagógico a la famosa Mambisada, grupo que dirigía José Antonio Maceo Fors, el nieto de José Maceo, y que estaba conformado por nietos de mayores generales de la Guerra de Independencia de 1895.

«A la Mambisada, como se denominaban, pertenecía, también, Vicente Lanz, el sobrino-nieto de José Martí, hijo de Amelia, la hermana menor del Apóstol, quien tenía un parecido asombroso con Martí y los alumnos se lo hacían saber. Eran unos 17 o 18 descendientes directos de esos generales.

«En el ISP Félix Varela asumí, además, la responsabilidad de la

En su casa-museo: La Casa del Mate.

Cátedra Ernesto Guevara y di continuidad a la tradición de los “Ernesticos”: recibir al primer niño que naciera en el Materno santaclareño el 14 de junio, día del cumpleaños del Che. Ya van como 30 “Ernesticos”, y el mayor, Antonio Ernesto, un negro fortísimo, inmenso, me abraza y me besa cuando me ve.

«En el pedagógico trabajé los 20 años más productivos y hermosos de mi carrera como maestro. Me sentí realizado y con el apoyo que antes no había tenido.

«¿Cómo lo logré? ¿Cómo yo, un simple maestro primario, pude traer a tantas personalidades a mi humilde escuela y luego al pedagógico? Pues le diré: todos ellos poseían o poseen una sencillez admirable. Lo demás, lo puse yo, con mi atrevimiento, con mi constancia. Los gastos corrían por mi cuenta y los hospedaba en mi casa y comían lo que podía brindarles.

«A esas personas las convenía para que, de manera directa, trasmitiesen a mis alumnos sus vivencias: Conchita Fernández les habló de Camilo y del Che, con un sentimiento increíble, y cada cual lo hizo desde sus experiencias. Ellos fueron protagonistas de la historia y, como sabemos, el testimonio resulta insustituible a la hora de formar sentimientos y cualidades patrióticas en los jóvenes».

—En esa fructífera trayectoria como maestro, la formación de valores ha sido clave, incluso, luego del retiro. ¿Hábleme de los vínculos que ha mantenido con los jóvenes y su trabajo con el Movimiento Juvenil Martiano?

«Fidel dijo que si se perdían los jóvenes, se perdía la Revolución, porque ellos son la continuidad.

«Mi relación con los jóvenes es muy estrecha y se ha mantenido después de mi jubilación. Ahora mismo di una charla en la Facultad de Medicina de la Universidad de Ciencias Médicas y tengo un fuerte vínculo de trabajo con el Movimiento Juvenil Martiano.

«Algunos se han olvidado de mí, como pasa con otros jubilados, pero los jóvenes, en general, me buscan, me llaman por teléfono, me consultan, y esos muchachos del Movimiento Juvenil Martiano tuvieron el gesto de concederme, recientemente, su premio más alto: Abdala.

«Me siento reconocido. No he arado en el mar y lo que sembré lo estoy recogiendo. Nunca me separaré de la juventud villaclareña y estaré siempre a su disposición.

«No me olvido que Félix Varela dijo: “Diles, que ellos son la dulce esperanza de la Patria”. Tampoco que José Martí afirmó que los niños son la esperanza del mundo y que Fidel nos enseñó cómo no existe nada más importante que un niño.

«Mi trabajo con niños y jóvenes será hasta que tenga fuerzas. Mientras goce de energías recibiré a cuanto joven venga, inquieto, a conocer la historia, porque eso soy yo: un maestro de Historia».

Con las cartillas de alfabetizador, entre sus más preciados tesoros.

